

La guerra del Pacífico *(1879-1884)*

Pierre Razoux*

*e*n 1879, Chile, Perú y Bolivia libraron una guerra total durante cerca de cuatro años por el control del desierto de Atacama, que tiene un subsuelo muy rico en recursos mineros. ¿Por qué interesarse en este conflicto desconocido que arrojó cerca de 20 mil muertos? Simplemente porque éste modeló de forma duradera el paisaje geoestratégico de América del Sur. Todavía hoy sus consecuencias son fuente de discordia entre Chile y sus vecinos. Más allá de la dimensión geoestratégica, esta guerra constituyó un vasto campo de experimentación para los estrategas, tanto en el plano de lo material, particularmente naval, como en el de las doctrinas. Ofreció una perfecta ilustración de las teorías de Mahan, muy en boga en la época: intentos de incursiones por parte del más débil; bloqueo naval establecido por el más fuerte; combate decisivo; libertad de acción que se deriva de la maestría en el espacio marítimo. Demostró, una vez más, que la captura de la capital contraria no supone forzosamente el fin de las hostilidades y que incluso puede engendrar una guerrilla mortal. Ahí están los acontecimientos actuales más candentes para recordarlo.

EN LOS ORÍGENES DEL CONFLICTO

Desde que Chile, Perú y Bolivia conquistaron su independencia en 1817, 1821 y 1825, respectivamente, los tres países ya se habían encontrado frente a frente. En 1836, Perú y Bolivia constituyeron una confederación que amenazaba los

* Traducción del francés de Arturo Vázquez Barrón y Roberto Rueda.

intereses chilenos, e incluso se habían arriesgado a desestabilizar el régimen establecido en Santiago. Chile reaccionó declarando la guerra a los dos países. Como resultado de una campaña militar eficazmente llevada, el ejército chileno se apoderó de Lima. Los contendientes se entendieron rápidamente en los términos de un acuerdo de arreglo del conflicto y todo quedó más o menos en el olvido. Estaban, después de todo, entre “primos”... Treinta años más tarde, los tres países se volvieron a encontrar, esta vez en el mismo bando, para luchar contra España. En 1865 y 1866 el rey de España recurrió a la política del cañón para convencer a Perú de que pagara sus deudas, intentando intimidar de paso a los dirigentes chilenos y bolivianos. Fundamentalmente, la Corona española no había digerido la pérdida de sus colonias. Una escuadra española estableció el bloqueo de los puertos de Callao y de Valparaíso, y luego, después de haberlos bombardeado, regresó a Europa. Bolivia aceptó un tratado de asistencia con Chile, que reconocía un dominio común virtual de los dos países sobre la región del desierto de Atacama, comprendida entre los paralelos 23 y 24 de latitud sur. Esta región resguardaba la puerta de Antofagasta y de importantes yacimientos mineros. Se suponía que el gobierno de Chile tenía que asegurar su defensa. A cambio, podía explorar libremente esta región desértica, potencialmente rica, cobrando de paso la mitad de los impuestos retenidos por las industrias mineras dispersas en la zona.

El mismo año, la invención de la dinamita confirió al desierto de Atacama un verdadero valor estratégico. Los importantes yacimientos de nitrato que se encontraban ahí entraban, de hecho, en la composición del famoso explosivo. Además, el nitrato remplazaba ventajosamente al guano en la fabricación de abonos agrícolas. El salitre, que se encontraba en grandes cantidades en este desierto, permitía fabricar pólvora para municiones. Había cobre y plata en abundancia. En 1868, aprovechando este contexto prometedor, el chileno José Santos Ossa fundó la Compañía Explotadora del Desierto, de la que al año siguiente inversionistas británicos compraron la mitad del capital. Rápidamente, esta sociedad se convirtió en una de las compañías punteras de producción de nitratos en el mercado mundial, obteniendo beneficios colosales para Chile y Gran Bretaña. Bolivia tuvo que contentarse con modestas regalías. Su situación económica decayó. En Perú, la situación no era mejor. El ex presidente José Balta había dilapidado la

fortuna acumulada durante décadas, gracias a los ingresos de las minas de oro y de plata. Se había lanzado a una política de grandes obras y de gastos suntuarios que habían arruinado las arcas del Estado. Había hundido a su país en una situación económica catastrófica cercana a la bancarrota. La política de austeridad, decretada por su sucesor, Manuel Prado, no había bastado para enderezar la situación.

EL EMBROLLO DIPLOMÁTICO

En 1871, el gobierno boliviano intentó renegociar con Chile, sin éxito, los términos del tratado de 1866. Al año siguiente, el gobierno chileno envió a su vez una misión diplomática a Bolivia para intentar comprar, simplemente, el conjunto de la región en cuestión. Ésta no estaba a la venta y los negociadores chilenos regresaron con las manos vacías. Preocupada por los apetitos chilenos, Bolivia se acercó a Perú para entablar una alianza defensiva que uniera a los dos países. Esta alianza secreta se concretó el 6 de febrero de 1873 y estipulaba que cada uno de los dos países se debía asistencia mutua en caso de agresión. Deseosos de reforzar sus posiciones, Perú y Bolivia le propusieron a Argentina unirse a su alianza defensiva. Esta propuesta no podía sino interesarle al gobierno argentino, ansioso por resolver un espinoso diferendo fronterizo con Chile. Informado por sus espías, Chile contraatacó en dirección de Brasil. Este país, que ya hacía las veces de potencia regional, mantenía en efecto excelentes relaciones con Chile, que era el único país del continente sudamericano que no tenía fronteras directas con él. Entonces, las autoridades brasileñas alzaron la voz en dirección de Buenos Aires. Amenaza tanto más creíble cuanto que un año antes Brasil había estado a punto de entrar en guerra con Argentina. Entonces, las autoridades argentinas rechazaron cortésmente la propuesta de alianza. La situación se apaciguó por un tiempo y el nuevo presidente chileno, Aníbal Pinto, lo aprovechó para lanzar en su país un vasto plan de rearmamento naval. En Perú, el general Mariano Prado, héroe que había salvado Callao de la escuadra española en 1866, fue elegido presidente en 1876, sin conseguir, no obstante, mejorar la situación económica del país.

En 1878, el presidente boliviano Hilarión Daza le prendió fuego a la mecha al decidir aumentar unilateralmente los impuestos a los que estaba sometida la principal compañía chilena que laboraba en el desierto de Atacama, y amenazó con

nacionalizarla en caso de que se rehusara a pagar. La Compañía del Salitre y Ferrocarril de Antofagasta se negó a pagar y el conflicto se exacerbó. Los medios empresariales chilenos, apoyados por poderosos grupos de presión británicos, influyeron en el gobierno liberal del presidente Pinto para obligarlo a actuar. El presidente chileno recurrió a su Marina. El 7 de febrero de 1879, la fragata blindada *Blanco Encalada* estableció el bloqueo del pequeño puerto boliviano de Antofagasta. Una semana más tarde, la alcanzaron la fragata blindada *Cochrane* y la corbeta *O'Higgins*. El 14 de febrero de 1879, un destacamento de la infantería de Marina, comandado por el coronel Sotomayor, desembarcó en el lugar, se apoderó del puerto, y se adentró luego en dirección del desierto árido y rocalloso para tomar las minas de plata de Caracoles. Se lanzó un ultimátum al gobierno boliviano, ordenándole abandonar sus pretensiones fiscales en contra de los intereses chilenos. Para reforzar la credibilidad de este ultimátum, el coronel Sotomayor se apoderó de Calama el 21 de marzo. Los chilenos controlaron a partir de entonces la “capital” del desierto de Atacama. El ejército boliviano, directamente comandado por el presidente Daza, estaba por su parte en vías de reagruparse cerca de la ciudad peruana de Tacna, mucho más al norte.

En Lima, un importante lobby liberal, que había entendido bien que una guerra no haría más que agravar la situación de Perú, intentó persuadir al gobierno de no dejarse arrastrar a la guerra. El presidente Prado envió a Santiago a un emisario reputado, el historiador José Antonio Lavalle, para intentar encontrar una salida honorable a la crisis. Sin éxito, pronto se volvió evidente que el gobierno chileno buscaba convencer paralelamente a las autoridades bolivianas de unirse a su esfuerzo para apoderarse de las riquezas mineras peruanas, dispersas en la región de Tarapacá. De hecho, Chile acababa de proponerle a Bolivia que le ayudara a conquistar los puertos peruanos de Iquique y de Arica, ¡a cambio de la cesión de Antofagasta y de una parte del desierto de Atacama! Peor aún, Santiago había lanzado una vasta ofensiva diplomática en dirección de Colombia para convencer a su gobierno de prohibir el tráfico ferroviario con destino a Perú. A Chile le quedaba el recurso de abastecerse por el estrecho de Magallanes, pero la única alternativa de Perú era esta vía férrea estratégica que une al Atlántico con el Pacífico, vía el Istmo de Panamá. Así, el presidente Prado enfrentaba una situación delicada que corría el riesgo, en todos los casos, de llevarlo a la guerra. Has-

tiado, oficializó la alianza secreta que ligaba a su país con Bolivia, dejando así a Santiago entre la espada y la pared. El gobierno chileno aceptó el reto y declaró la guerra a Perú el 5 de abril de 1879. La suerte estaba echada.

LAS FUERZAS PRESENTES

La víspera de las hostilidades, Chile disponía de fuerzas armadas poco numerosas pero bien equipadas, cuidadosamente entrenadas, muy motivadas y notablemente dirigidas. La Marina, comandada por el almirante José Goni, acababa de modernizarse y disponía de dos fragatas blindadas (*Cochrane* y *Blanco Encalada*), dos cañoneros (*Magallanes* y *Virgen de Cobadonga*), cuatro corbetas (*O'Higgins*, *Chacabuco*, *Abtao* y *Esmeralda*), cuatro torpederos y diez buques de transporte. Estos 22 buques totalizaban 18 mil toneladas. El almirante Juan Williams garantizaba el mando de la escuadra destacada en Valparaíso. Igualmente, tenía autoridad sobre un pequeño cuerpo de infantería de marina que contaba con tres batallones que agrupaban a 1500 hombres. El ejército tenía el apoyo de una fuerza en activo de 4500 hombres y de una guardia nacional que contaba con 45 mil hombres para la movilización. El ejército en activo estaba estructurado alrededor de seis batallones de infantería, tres batallones de caballería armados con carabinas de repetición Winchester y dos batallones de artillería equipados con potentes cañones Krupp de 12 libras y con ametralladoras Gatling y Nordenfelt. Por su parte, la guardia nacional contaba con un gran número de mineros y campesinos, aunque también con ciudadanos instruidos y bien entrenados. El general Justo Arteaga estaba a la cabeza del Ejército. Su avanzada edad la compensaba la calidad de su Estado Mayor.

Del lado peruano, la situación no era muy buena. El gobierno había hecho ahorros drásticos y las fuerzas armadas habían quedado reducidas a la mitad. La Marina, considerada esencial para la protección del país, la comandaba directamente el presidente Prado. Por esta razón, había sufrido menos debido a los recortes presupuestarios que el Ejército. Disponía de dos fragatas blindadas (*Huáscar* e *Independencia*), de dos corbetas (*Pilcomayo* y *Unión*), de dos torpederos y de dos venerables monitores (*Atahualpa* y *Manco Capac*) comprados a precio de oro a la marina estadounidense después de la guerra de secesión. Desde entonces, el *Atahualpa* garantizaba la defensa del puerto de Callao, mientras que el

Manco Capac defendía la entrada del puerto de Arica. La Marina contaba igualmente con seis navíos de transporte. Estos 14 navíos totalizaban apenas poco más de 10 mil toneladas. El capitán de nave Miguel Grau, un marino renombrado, es quien garantizaba el mando de la escuadra destacada en Callao. El ejército peruano, comandado por el general Juan Buendía, no contaba más que con 5 mil hombres repartidos en cinco batallones de infantería, dos brigadas de caballería y tres regimientos de artillería. Su equipamiento era muy inferior al del ejército chileno. Sólo una parte de los jinetes estaba armada con carabinas de repetición Winchester. La artillería era obsoleta. El Ejército podía movilizar a 5 mil gendarmes y reclutar localmente a 30 mil milicianos, esencialmente en el seno de las poblaciones indias de origen inca. Estos milicianos, dirigidos por oficiales blancos, estaban mal equipados, pero sabían dar prueba de un vigor impresionante y una determinación a toda prueba, en tanto sus jefes y sus mujeres, “las rabonas”, permanecieran a su lado. Los peruanos podían contar, además, con varias fortalezas construidas por los españoles, como las de Pisagua, Arica y, sobre todo, Callao.

En cuanto a los bolivianos, éstos no disponían de Marina y no podían contar más que con un ejército embrionario de 1 500 hombres, concentrados en tres batallones de infantería comandados por el general Campero. A estas pobres fuerzas venían a sumarse 6 mil milicianos armados con viejos rifles obsoletos. La mayor parte de los soldados eran de origen indio y sentían que les concernían muy poco las rivalidades de Estados deseosos de incrementar su prestigio y sus recursos mineros. No eran más que guerreros salvajes.

Haciendo un balance, la relación de fuerzas indudablemente favorecía entonces a los chilenos, particularmente en el ámbito naval. Si bien el número de fragatas blindadas era idéntico en una y otra parte, las fragatas chilenas eran claramente más poderosas. Es más, desde la declaración de guerra, numerosos marinos chilenos, empleados por la marina peruana como mercenarios, habían abandonado su puesto para unirse a su país.

Relación de fuerzas	Chile	Perú	Bolivia
Soldados en activo	6000	5000	1500
Milicianos y reservistas	45000	35000	6000
Navíos	22	14	–

UNA PRIMERA FASE NAVAL

Antes que nada, los contendientes tenían que conquistar la supremacía naval. El almirante chileno Goni decidió llevar las hostilidades al campo enemigo. Ordenó al almirante Williams establecer el bloqueo de los puertos peruanos. Paralelamente, organizó el transporte de una gran parte del ejército chileno a la región de Antofagasta, que se convirtió así en la retaguardia de las operaciones terrestres.

El 16 de mayo de 1879, la escuadra chilena se hizo a la mar en dirección de Callao para intentar sorprender a la flota peruana, bombardeando de paso los espigones y los depósitos dispersos a lo largo de las costas. Al mismo tiempo, en terreno peruano, el presidente Prado había tomado las riendas y avanzaba hacia Arica, con su propia escuadra, que transportaba un importante cuerpo expedicionario. Su objetivo era sencillo: desembarcar en el lugar para detener el avance de las tropas chilenas y provocar una batalla naval decisiva que inclinara la relación de fuerzas a su favor, acortando así un conflicto que amenazaba con eternizarse. Habiéndole advertido sus espías sobre la presencia de navíos chilenos frente a Iquique, soltó sus dos fragatas blindadas en dirección a este puerto. Las dos escuadras, navegando en sentido inverso, se cruzaron a lo lejos sin percibirse. El 20 de mayo, el presidente Prado desembarcó, como estaba previsto, en Arica. Al día siguiente, el almirante Williams llegó a Callao para constatar la ausencia de navíos de guerra peruanos. En seguida se regresó por donde había venido y se dirigió a todo vapor en dirección a Iquique, con el fin de recuperar los dos navíos chilenos que se encontraban ahí. Sin embargo, los peruanos llegaron primero a Iquique. Al amanecer, las fragatas blindadas *Huascar* e *Independencia* habían llegado para sorprender en el puerto a la venerable corbeta a vapor *Esmeralda* y al cañonero *Virgen de Covadonga*. El combate era manifiestamente desigual: ¿cómo podían esperar repeler los dos navíos chilenos, insuficientemente armados, esas dos máquinas blindadas de guerra, equipadas con un poderoso espolón, con cañones modernos de grueso calibre y ametralladoras Gatling? Considerando la posición de los navíos, el *Virgen de Covadonga* consiguió escaparse. El *Independencia* se lanzó inmediatamente a su persecución, dejando que Miguel Grau, a los mandos del *Huascar*, se ocupara solo del *Esmeralda*. La corbeta chilena, arrinconada en el fondo de la bahía, con el motor debilitado, no tenía esperanza de escape. Arturo Prat, su

comandante, arengó a su tripulación y le recordó que jamás la bandera de un buque de guerra chileno había sido tomada en combate, y que en caso de que él muriera, ¡contaba por supuesto con sus hombres para seguir su ejemplo y morir dignamente! A pesar de toda su ciencia y su valentía, Arturo Prat no pudo impedir que el *Huascar* se aproximara, para después espolear su buque. El choque fue violento. Arturo Prat aprovechó la confusión para saltar al abordaje de su adversario, con la espada desenvainada, acompañado de algunos marinos. No sobrevivió más que algunos instantes, abatido por la metralla enemiga. La corbeta chilena zozobró muy rápidamente, arrastrando en sus flancos a las tres cuartas partes de su tripulación.

Por su parte, el *Virgen de Covadonga* había recorrido la costa desértica a todo vapor sin llegar a poner distancia con el *Independencia*. Carlos Condell, su comandante, había tenido que cambiar de rumbo varias veces para evitar las tentativas de abordaje de su adversario. De repente, no lejos de Punta Gruesa, lo había rasgado un banco de arrecifes salientes. Comprendiendo su suerte, inmediatamente echó el ancla, presentando su flanco al *Independencia*. El capitán del navío peruano cayó en la trampa. Después de haberse alejado para maniobrar, regresó a gran velocidad para intentar espolear a su adversario de lado. No logró llegar a él, ¡pues su fragata blindada se destripó sobre el banco de arrecifes que apenas se asomaba en la superficie! Entonces, Carlos Condell se colocó en el ángulo muerto del *Independencia*, cañoneando la fragata blindada una y otra vez hasta que aquélla no fue más que una chatarra humeante. Viendo llegar a lo lejos al *Huascar*, el chileno rompió el combate. Miguel Grau sólo pudo recoger a los sobrevivientes y dirigirse a Arica para informar de la situación al presidente Prado. Éste cambió de estrategia. Promovió a Miguel Grau al rango de almirante y le ordenó acosar las costas controladas por el adversario. Después de algunas reparaciones someras, el *Huascar*, transformado en navío corsario, realizó una serie de incursiones contra los intereses chilenos. En Valparaíso, el secretario de Marina ordenó inmediatamente la caza del *Huascar*. La neutralización de este navío fue erigida como prioridad absoluta. El 3 de junio de 1879, se entabló una carrera de persecuciones indecisas entre el *Huascar* y la fragata blindada *Blanco Encalada*. Aprovechando la noche para frustrar al chileno en sus intenciones, Miguel Grau consiguió escaparse. Durante más de un mes, la fragata blindada peruana sembró el caos, des-

truyendo numerosos depósitos y hundiendo varios navíos mercantes. El 10 de julio, el *Huascar* afrontó al cañonero *Magallanes* a la altura de Iquique. La ventaja en el combate se inclinó rápidamente hacia el peruano. El cañonero chileno logró huir, dejando el campo libre al *Huascar* para continuar con sus operaciones de acoso. El 23 de julio, Miguel Grau logró un golpe maestro apoderándose del transportador de tropas *Rimac*, que transportaba 300 caballos y varias piezas de artillería pesada. Este botín vino a reforzar las filas del ejército peruano desplegado en Pisagua y Arica. Imposible de atrapar, pero dando golpes por doquier, a Miguel Grau rápidamente se le conoció como el Lobo Blanco.

En Santiago, la opinión pública y la clase política se impacientaban por la falta de resultados. El general Erasmo Escala, considerado mucho más dinámico, reemplazó en la dirección del Ejército al general Arteaga. El almirante Williams cedió su lugar al almirante Galvarino Riveros en la dirección de la escuadra. Bajo la presión popular, el presidente Pinto nombró a Rafael Sotomayor Ministro de Guerra y le ordenó acelerar el ritmo de las operaciones. El público quería resultados, ¡y la Marina debía estar en condiciones de dárselos! El almirante Riveros recibió carta blanca para cumplir su misión. La escuadra fue llamada a Valparaíso para reparar los daños sufridos, completar las cargas de carbón y municiones, entrenarse, reorganizarse y poner a punto nuevos procedimientos de intercepción.

El 1 de octubre de 1879, aprovechando la llegada de mejores días, la escuadra abandonó Valparaíso en busca del *Huascar*. El almirante Riveros se enfiló hacia el norte hasta Arica para enterarse, por sus espías, que el almirante Grau se enfilaba más al sur. El *Huascar* y el *Unión* recorrían, en efecto, las costas no muy lejanas de Antofagasta, en busca de presas fáciles. El almirante Riveros dividió sus fuerzas en dos y se enfiló rumbo al sur. La corbeta *O'Higgins*, el transporte armado *Loa* y la fragata blindada *Cochrane*, bajo el mando del capitán de nave Latorre, fueron encargados de patrullar mar adentro a unas veinte millas náuticas de las costas. Paralelamente, el almirante Riveros, a bordo de la fragata blindada *Blanco Encalada*, siguió el litoral lo más de cerca posible con el cañonero *Virgen de Covadonga* y el navío carbonero *Matías Cousiño*, con el fin de hacer salir al adversario. Gracias a este dispositivo, el almirante chileno esperaba encontrar el *Huascar* y poner punto final a las hazañas del almirante Grau.

El 8 de octubre, al amanecer, cuando volvía a subir hacia el norte recorriendo la costa, distinguiendo a lo lejos el puerto de Antofagasta, Miguel Grau divisó justo frente a él las fumarolas del *Blanco Encalada*, del *Virgen de Covadonga* y del *Matías Cousiño*. Los tres navíos aún estaban lejos, pero le tapaban el camino. El peruano decidió de inmediato dirigirse a alta mar, esperando así escapar de sus adversarios. A las 8 horas, las fumarolas del *Cochrane*, del *O'Higgins* y del *Loa* aparecieron en el horizonte, cortando así toda vía de retirada al *Huascar* y al *Unión*. Estratega al fin, el almirante Grau comenzó inmediatamente una maniobra para rodear la Punta Angamos. Se enfiló decididamente hacia el norte y ordenó al comandante del *Unión* aprovechar su velocidad superior para escapar, mientras él mismo iba a intentar forzar el dispositivo enemigo. Viendo que el *Unión* se les escapaba, los marinos chilenos se abalanzaron sobre el *Huascar*. Después de más de una hora de persecución, el *Cochrane* y el *O'Higgins* tuvieron a tiro la fragata blindada peruana. A las 9:25 los tres navíos abrieron fuego con toda la potencia de sus cañones, al tiempo que seguían aproximándose unos a otros. El *Huascar* hizo efectivas varias salvas de obús de 209mm, mientras varios de sus disparos daban en el blanco sobre el *Cochrane*. Los tres navíos llegaron a hacer contacto, intentado espolearse mutuamente. De una y otra parte, los pedazos de blindaje llovían y los tiros de las ametralladoras Gatling asolaron los puentes. En pleno combate, la explosión de un obús chileno mató al almirante Grau. A las 10, el *Blanco Encalada* llegó al lugar de combate a la altura de Punta Angamos. Durante cerca de una hora, los tres navíos chilenos, a los que pronto se unió el *Virgen de Covadonga*, bombardearon al corsario peruano y le infligieron daños considerables. A las 11, después de una última batalla, la tripulación peruana entregó la bandera. La fragata *Huascar* fue remolcada hasta Valparaíso donde sufrió importantes reparaciones. Rearmada, fue incorporada a las filas chilenas.

Una vez resuelto este problema, el secretario de Marina restableció el bloqueo a los puertos peruanos. La marina peruana intentó algunas salidas, sin éxito. El 18 de noviembre, al momento de una de estas escaramuzas, la fragata chilena *Blanco Encalada* capturó la corbeta *Pilcomayo*. Desde ese momento, los peruanos sólo dispusieron de la corbeta *Unión*, del monitor *Manco Capac* y de algunos torpederos emplazados en la defensa del puerto de Callao. Por su lado, la marina chilena podía contar con tres fragatas blindadas, tres corbetas y dos cañoneros.

UNA SEGUNDA FASE ESENCIALMENTE TERRESTRE

Al dominar el espacio marítimo, los chilenos pudieron considerar la reactivación de las operaciones terrestres. Al partir de Antofagasta, el cuerpo expedicionario chileno se escindió en dos. Un cuerpo del ejército se apoderó de las principales minas de nitrato del desierto de Atacama, mientras que un segundo cuerpo avanzaba hacia el norte, donde se habían atrincherado la vanguardia de los ejércitos peruano y boliviano, bajo el mando del general Juan Buendía. La marina chilena desembarcó tropas que tomaron por detrás la pequeña ciudad fortificada de Pisagua, enclavada en la cumbre de un acantilado y vigilada por soldados peruanos y bolivianos. El 2 de noviembre de 1879, después de varios asaltos mortales, las tropas chilenas tomaron Pisagua. El cuerpo expedicionario chileno, que contaba con siete mil hombres, después se movió en dirección a San Francisco. Ahí, los chilenos repelieron una vigorosa contraofensiva emprendida por unidades peruanas y bolivianas. La batalla fue feroz. Los chilenos perdieron 200 hombres, y sus adversarios, 300. Una gran parte de los soldados peruanos encontraron refugio en el pueblo de Tarapacá. Los 600 hombres de la guarnición peruana atrincherada en el puerto de Iquique estaban, por su parte, aislados a partir de ese momento. Dejando una puerta de salida a su adversario, los chilenos levantaron algunos días el bloqueo naval del puerto de Iquique, con el fin de permitir a los peruanos evacuar la posición. Así, Iquique cayó en sus manos sin que se derramara ninguna gota de sangre. Las cosas fueron muy diferentes en Tarapacá.

El 27 de noviembre de 1879, los chilenos lanzaron un ataque general contra este pueblo, enclavado en el fondo de un desfiladero, para intentar aniquilar las fuerzas enemigas que estaban atrincheradas ahí. No solamente los peruanos llegaron a hacerles frente a los chilenos, sino que, gracias a un audaz contraataque llevado a cabo por las tropas incas dirigidas por el coronel Suárez, la batalla le dio la ventaja a los peruanos. Rápido, el combate se transformó en una mezcla confusa y sangrienta de fusiles y armas blancas. Los chilenos se retiraron y sólo evitaron la derrota gracias a su caballería, que logró mantener a distancia a las sobreexcitadas tropas indias. Ese día perdieron 700 hombres y cedieron al adversario ocho preciados cañones Krupp, así como unos cincuenta prisioneros. Por su lado, los peruanos acusaron la pérdida de poco más de 500 hombres. Al día siguiente,

las tropas peruanas, siempre aisladas, abandonaron Tarapacá y emprendieron una larga marcha, bajo un sol a plomo, a través del altiplano desértico para esquivar el dispositivo chileno y llegar a Arica. Llegaron ahí tres semanas más tarde, después de haber luchado contra el hambre y la sed a más de cuatro mil metros de altitud.

Mientras tanto, el presidente Prado había confiado la dirección de las operaciones al almirante Lizardo Montero, un marino en quien confiaba plenamente, para regresar a Lima y volver a tomar las cosas en sus manos. La población aún estaba en shock por la desaparición del almirante Grau y su moral estaba de lo más baja. El Congreso se había negado incluso a votar los impuestos para financiar el esfuerzo de guerra. El presidente peruano pasó varios días arengando a los miembros del Congreso. Pensando que había logrado restablecer la situación en el frente interno, se embarcó el 18 de diciembre de 1879 a Europa, con el fin de negociar allá importantes préstamos bancarios e intentar procurarse nuevos navíos de guerra. Tres días después de su partida, la población de Lima se sublevó y llevó al poder a Nicolás de Piérola, personaje radiante y controvertido, demagogo y populista, que no hizo gran cosa para mejorar la situación de las fuerzas armadas. Confirmó al general Manuel González de la Cotera en el puesto de Ministro de Guerra y dejó a sus generales, torpes en el campo de batalla, la responsabilidad de contener al invasor...

Por su parte, los chilenos se reforzaron y pasaron a la etapa siguiente: la toma de Arica. Su estrategia consistía, en efecto, en apoderarse metódicamente de cada puerto y cada ciudad costera importante, a fin de crear una red de puntos de apoyo logísticos que les permitieran aproximarse progresivamente al corazón del territorio enemigo. El 24 de febrero de 1880, la escuadra chilena desembarcó a doce mil hombres en el puerto de Ilo, a unos sesenta kilómetros al norte de Arica. El 22 de marzo, el cuerpo expedicionario chileno se apoderó del puerto de Los Ángeles, aislando así al ejército peruano y boliviano, disperso entre Tacna y Arica. Durante cerca de dos meses, los chilenos reforzaron su dispositivo y estrecharon su dominio alrededor de Tacna. Esta ciudad constituía el cerrojo que permitía el acceso a Bolivia. Más al sur, la división chilena del general Manuel Baquedano avanzaba hacia Tacna después de haber dejado algunas tropas como barrera frente a Arica. El cerco se estaba cerrando inexorablemente alrededor de los nueve mil peruanos y bolivianos atrincherados en Tacna, comandados respectivamente

por el coronel Francisco Bolognesi y el general Campero. Sin disponer de ningún medio de transporte y casi nada de artillería y de caballería, éstos estaban obligados a una defensa a ultranza de sus posiciones. El 26 de mayo de 1880, los chilenos pasaron a la ofensiva. Cuatro columnas que totalizaban 14 mil hombres se abalanzaron al asalto de Tacna, apoyados por una poderosa artillería. La batalla se transformó rápido en una carnicería. Los contraataques suicidas llevados a cabo por los indios quechuas y aimaras fueron repelidos por la artillería y las ametralladoras. Al caer la noche, los chilenos controlaban Tacna. ¡Pero a qué precio! 2 200 de los suyos habían sido muertos o gravemente heridos, mientras que dos mil de sus adversarios murieron y otros 1 500, heridos, habían caído prisioneros. El coronel Bolognesi se refugió con sus tropas en la fortaleza de Arica. En cuanto al general Campero, éste se replegó al altiplano con los sobrevivientes del ejército boliviano. Por su parte, el presidente Daza dejó Bolivia, abandonando cobardemente a su país a su triste suerte. La guerra del Pacífico se resumía, a partir de ese momento, en un enfrentamiento entre Chile y Perú.

Después de reorganizar sus fuerzas, el general Baquedano se dirigió a Arica. Asumía, a partir de ese momento, el mando del ejército chileno en su conjunto y disponía de 12 mil hombres. Por su parte, el almirante Montero había regresado a Lima y le había confiado el mando de la guarnición al coronel Bolognesi. El 7 de junio, el general Baquedano pasó al ataque. Después de una jornada de ásperos combates realizados de reducto en reducto, la guarnición, aislada, depuso las armas, después de una última batalla del coronel Bolognesi, que combatió hasta el último cartucho y sucumbió en medio de la última columna de tropas peruanas que todavía se encontraban en buen estado. Al pie de la fortaleza, la tripulación del monitor *Manco Capac* hundió su navío con el fin de no caer en manos de los chilenos.

Mientras que el ejército chileno se apoderaba de la provincia de Arica, la escuadra endureció el bloqueo de Callao, bombardeando intermitentemente este puerto por el que transitaban de manera regular las armas y el abastecimiento con destino a Lima. Los peruanos habían cometido el error de no defender la isla San Lorenzo, situada frente a Callao. El almirante Riveros aprovechó esto para establecer ahí su cuartel general.

INTERMEDIO DIPLOMÁTICO

La caída de Arica marcó el fin de la fase de expansión chilena y cada bando aprovechó el invierno austral para vendar sus heridas, completar sus efectivos y pensar después de las operaciones. Estados Unidos aprovechó la ocasión para intentar una mediación entre los dos contendientes. Santiago y Lima aceptaron la proposición y cada uno envió una delegación a bordo del crucero estadounidense *USS Lackawanna*, en el fondeadero a la altura de Arica. La conferencia comenzó el 22 de octubre de 1880, pero fue corta debido a que los peruanos habían considerado inaceptables las condiciones chilenas. Contra toda lógica, el presidente peruano decidió continuar las hostilidades. En consecuencia, el ministro de guerra chileno ordenó la invasión de Perú. Paralelamente, los diplomáticos chilenos se esforzaron en tranquilizar a las cancillerías europeas que amenazaban con intervenir para terminar con este conflicto estúpido que amenazaba los intereses de sus banqueros. En efecto, el anterior gobierno peruano había contraído deudas colosales y las potencias europeas no estaban dispuestas a hacer borrón y cuenta nueva. Francia, en particular, se sentía tanto más concernida cuanto que, en 1869, Nicolás de Piérola, entonces Ministro de Finanzas, ¡le había atribuido a la sociedad Auguste Dreyfus el cuasimonopolio del comercio de guano! Por su parte, y en perfecta aplicación de la “doctrina Monroe”, Washington multiplicó las presiones para convencer a las potencias europeas de que dejaran a Estados Unidos manejar solo el problema.

UNA VICTORIA CHILENA INAPELABLE

En el mes de julio de 1880, un pequeño cuerpo expedicionario de tres mil chilenos, comandados por el capitán de nave Patricio Lynch, se embarcó a bordo de la escuadra con un objetivo simple: sembrar el caos en las costas peruanas para obligar a la población a hacer presión sobre su gobierno y obligarlo a aceptar un tratado de paz con Chile. En cuanto a los peruanos, éstos multiplicaron los intentos desesperados de romper el cerco chileno. El 13 de septiembre, el cañonero chileno *Virgen de Covadonga* fue hundido a la entrada del puerto de Chancay por un

navío peruano transformado en *brûlot*.¹ El 6 de diciembre, tres torpederos chilenos cayeron en una emboscada; el *Fresia* se hundió, el *Guacolda* y el *Tucapel* quedaron severamente dañados.

El general Baquedano decidió golpear a su adversario en la cabeza atacando su capital. A finales de noviembre y principios de diciembre, la marina chilena desembarcó lo esencial del ejército en los puertos de Pisco, de Chilca y de Curayaco, sin que nada pudieran hacer los peruanos para oponerse. Los chilenos estaban listos para transportar a 26 mil hombres, de los cuales 1500 eran jinetes, para esta última ofensiva. Disponían de 77 cañones modernos, de diez ametralladoras y de toda la artillería de la flota. Frente a ellos, los peruanos no alineaban a más de 12 mil hombres, 800 jinetes y unos treinta cañones obsoletos. El presidente Piérola, incluso, había ordenado urgentemente el levantamiento en masa de todos los ciudadanos que tuvieran más de 16 años de edad. Así, podía contar con cinco mil hombres suplementarios que, aunque valientes, no estaban menos mal preparados para la batalla.

A principios de enero, el ejército chileno convergió en Lima. Éste estaba dividido en tres divisiones y una fuerza de caballería dirigida por el coronel Letelier. El asalto a los arrabales de la capital comenzó el 13 de enero. Dos días más tarde, durante la batalla decisiva de Miraflores, la escuadra apoyó el asalto de las tropas chilenas con toda la potencia de su artillería. El presidente Piérola participó directamente en la batalla, yendo de un punto a otro para intentar subir la moral de sus tropas, sin tener, no obstante, la menor visión estratégica, que le habría permitido elaborar un plan de batalla coherente. Así, como el presidente simplemente se había olvidado de su presencia, ¡una parte de los refuerzos peruanos permaneció descansando armas! El asalto fue particularmente brutal y sangriento. Determinados, los chilenos fueron derribando una a una las posiciones adversas. El 17 de enero de 1881, como resultado de esta batalla que les costó la vida a más de dos mil combatientes en cada uno de los bandos, los chilenos hicieron su entrada a Lima. La capital peruana había sufrido combates y cerca de cuatro mil civiles habían sido muertos. Fue precisa la intervención del cuerpo diplomático para dete-

¹ Término del francés antiguo que hace referencia a un navío pequeño, cargado con material inflamable y destinado a incendiar los navíos enemigos. (N. del T.)

ner las exacciones que se estaban desarrollando de una y otra parte. Al día siguiente, los chilenos se apoderaron de Callao. Los marinos peruanos hundieron la totalidad de los navíos que no habían caído aún en las manos del enemigo. Mientras se ponían de acuerdo sobre los términos de un tratado de paz, el gobierno chileno nombró a Patricio Lynch gobernador militar de Perú.

TRES AÑOS DE GUERRILLA

Las tropas peruanas, derrotadas, se reagruparon fuera de Lima, y luego huyeron en dirección a Cuzco. Una verdadera guerrilla se desarrolló al interior del país. El general Cáceres tomó a su cargo los grupos guerrilleros activos en el centro de Perú, los famosos montoneros, mientras que el almirante Montero organizó la resistencia en el norte. Los patriotas peruanos estaban decididos a batirse en cada pueblo y en cada hacienda. Rebasado por los acontecimientos, el ex presidente Piérola fue hecho a un lado progresivamente. El general Miguel Iglesias, uno de sus más fieles apoyos, lo reemplazó extraoficialmente como cabeza de la resistencia.

Por su parte, los chilenos habían captado la dimensión del problema: les sería imposible controlar al conjunto del país. En vez de lanzarse a una costosa guerra de guerrillas, se contentaron con mantener el control de la capital y de los puertos, apostando a un gobierno títere para firmar un acuerdo de paz que les fuera muy favorable. Francisco Calderón, conocido por la hostilidad que mantenía en contra de Nicolás de Piérola, fue designado por las autoridades chilenas como el nuevo presidente peruano. Un nuevo Congreso se instauró para intentar persuadir a la población sobre la utilidad de firmar un acuerdo de paz con el invasor. La guerrilla no dejó de intensificar su acción, incluso registrando algunos éxitos notables. El espíritu de resistencia era tanto más fuerte cuanto que un sentimiento de hostilidad en contra de Chile estaba expandiéndose por América Latina. Paralelamente, Washington había adoptado una actitud más favorable hacia Perú y había reconocido al gobierno títere de Francisco Calderón. Es cierto que los estadounidenses, después de mucho tiempo, buscaban tomar el control de las minas de nitrato peruanas. El 2 de agosto de 1881, Stephen Hurlbut, un ministro estadounidense plenipotenciario, llegó a Lima para comunicar a las autoridades de ocu-

pación que “Estados Unidos no podía aprobar el recurso de la guerra como medio de expansión territorial en detrimento de otra nación, excepto como último recurso y en caso de extrema urgencia”. La conclusión que sacó Francisco Calderón era que Estados Unidos lo apoyaba y que podía oponerse firmemente a las maniobras de Santiago, que pretendían imponerle un tratado injusto. Entonces, rechazó sin miramientos varias proposiciones chilenas. Las autoridades chilenas se lo tomaron a mal, lo detuvieron y lo mantuvieron bajo arresto domiciliario. Desde entonces, los chilenos se vieron obligados a administrar directamente el país. El efecto de este torpe golpe de fuerza fue que se intensificó la resistencia. El sur del país, hasta aquí relativamente en calma, se sublevó contra el invasor chileno. El almirante Montero se dirigió hacia allá para tomar a su cargo la guerrilla naciente. Sin embargo, aparecieron disensiones cada vez más fuertes entre los tres jefes de la resistencia, quienes pretendían el cargo de “presidente”. En Chile, la elección de Domingo Santa María para la presidencia del país, en septiembre de 1881, calmó los ánimos durante algunos meses. Este liberal auténtico había vivido en Perú mucho tiempo, donde había entablado sólidas amistades, muy útiles en un contexto semejante.

Las autoridades chilenas sacaron provecho del año 1882 para intensificar los contactos con la clase política peruana, pero también para reorganizar su dispositivo militar en vista de eventuales operaciones contra la guerrilla. Medida juiciosa, dado que las negociaciones decayeron. En julio de 1883, una división chilena hizo huir a los montoneros del general Cáceres. Algunas semanas más tarde, otras tropas chilenas acorralaron a los guerrilleros del almirante Montero. Estas dos personalidades se encontraron fuera de combate, y por esta razón el general Iglesias se impuso rápidamente como el único interlocutor con credibilidad. Los chilenos pusieron sus esperanzas en él y le ofrecieron el puesto de presidente, a cambio de un arreglo definitivo del conflicto. Cada quien sacó ventaja de esto y el nuevo hombre fuerte de Perú aceptó los términos de un tratado de paz que fue rubricado el 20 de octubre de 1883 en Ancón, una pequeña ciudad costera situada no lejos de Lima. La nueva Asamblea Constitucional de Perú ratificó el tratado de Ancón el 4 de marzo siguiente. Este tratado ponía fin a tres años de ocupación militar y avalaba la cesión definitiva de las provincias de Tarapacá y de Arica a Chile. Un mes más tarde, el 4 de abril de 1884, Bolivia firmó un pacto de armisticio con

Chile, al término del cual aquélla le cedía el puerto de Antofagasta y los territorios comprendidos entre los paralelos 23 y 24. La guerra del Pacífico había terminado. Le había permitido a Chile incrementar su territorio en más de una tercera parte, abriendo así la vía a una nueva conformación política regional. Había puesto en evidencia las rivalidades coloniales de las grandes potencias, ilustrando la voluntad de Washington de mantener a los europeos al margen del continente americano. Los franceses lo habían entendido algunos años antes, en el momento de su desastrosa campaña en México. Los españoles sufrirían la amarga experiencia quince años más tarde, en Cuba.

PARA SABER MÁS SOBRE ESTE ACONTECIMIENTO:

Señalemos la obra de **Clements Markham**, *The War between Peru and Chile* (Sampson Low, Londres, 1883, 306 p.), el primer relato detallado que permite comprender el desarrollo de las operaciones, con un marcado *a priori* a favor del bando peruano. **Robert Burr** pergeñó una excelente síntesis de los aspectos diplomáticos del conflicto en su obra titulada *By Reason or Force, Chile and the Balancing of Power in South America 1830-1905* (University of California Press, Los Ángeles, 1965, 321 p.). **Fredrick Pike** analiza en su libro *The Modern History of Peru* (Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1967, 386 p.) la visión peruana de esta guerra. Para un relato detallado de las operaciones, visto a través del prisma chileno, conviene remitirse al libro de **William Sater**, *Chile and the War of the Pacific* (University of Nebraska Press, Lincoln, 1986, 343 p.), y también al artículo de **Sergio Jarpa Gerhard**, “La campaña marítima de 1879”, publicado en el número 744 de la *Revista de Marina* (Publicaciones de la Armada de Chile, Valparaíso, vol. 98, sept-oct. 1981, pp. 553-562). La obra de **Carlos López Urrutia**, *Historia de la Marina de Chile* (Andrés Bello, Santiago, 1969, 448 p.), sigue siendo, sin embargo, la mejor referencia para captar el papel fundamental de la marina chilena durante el conflicto. ❧